

La Gran Vía

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO III.

Madrid, 24 de Marzo de 1895.

Núm. 91.

Director: Salvador Ruoda.

NOTA ARTÍSTICA



CUADRO DEL CÉLEBRE CUTANDA

ACTUALIDADES

«Ven, que yo te vea,
ven, que yo te hable.....»

Juan León, verso....., acto I.

¡Qué dramita! ó ¡qué melo-mimo-drama!

Con sus toreros, rue Pergolesse, como dice, con mucha gracia, Cánovas y Vallejo en *El Nacional*, grandes de España apócrifos, señoritas desamortizadas y ni una persona decente.

La obra es de nuestros días, según entenderán ustedes por las señas.

¡Pero cuánta variedad de tipos, y todos de canalla!

El protagonista es un torero valiente, por lo cual le dieron el nombre de *Juan León*, según él refiere.

Pudieron intitularle *Cid Rodrigo* ó *Napoleón Bonaparte* ó *Chateaubriand*.....

La forma es deliciosa, en opinión de algunos peritos..... agrícolas.

—Era la única manera de hacer hablar á un torero sensible—apuntaba uno de los susodichos peritos—en seguidillas gitanas. ¿Es verdad?

—Verdad—afirmaba otro inteligente.—¡Y qué seguidillas! ¡Ah!

«Ven, que yo te vea;
ven, que yo te hable.....»

¡Qué gitanas! Particularmente en el tercer verso, con cola.

No se puede vivir impunemente en París unos cuantos años, sin sentirse Sardou de segunda fila, por lo menos.

Juan León es un disparate para uso de los parisienses.

No hay en el melodrama sino una serie de lamentables equivocaciones.

La ejecución fué cruel, exceptuando la de Thuillier, que es *Juan León*, y que al fin muere de cornada.

Es decir, que Thuillier, como siempre, estuvo feliz.

Y Mario como picador de toros, y Orteguita rival de Thuillier en esta obra, y Cepillo como gobernador valedudinario y duque y padre general.

Así es que por fuerza hemos de aconsejar á ustedes que pregunten por *La Dolores*.

Esto, en tanto que podamos preguntar ó ver á la *Teresa* de Leopoldo Alas, que tengo para mí que ha de ser una *Señora Doña Teresa*, teniendo en cuenta el talento superior y gusto literario del insigne crítico y autor de *La Regenta*.

Y añadan ustedes el apellido.

¡Una *Teresa Guerrero* es la realización de un sueño de gloria!

Volviendo á *La Dolores* de Bretón y Feliú y Codina, y viceversa, y permuto así los nombres por tratar de una ópera española, en la cual, como en todas las partituras, parece que lo principal es la música, aunque bien sé yo que sin el padre de la letra no existiría la criatura—es

un triunfo nuevo para el maestro, autor de *Los Amantes de Teruel*.

¡Qué contestación para los que creían que no era musicable *La Dolores*!

Y *La Pepa la Frescachona* y *La Isabel la Católica*.

Todo está en el maestro que lo haga.

Y cuidado que hay algunos maestros que niegan condiciones para la ópera á ciertos libros como *La Dolores* susodicha, y á ciertos autores, y se sienten ellos capaces de instrumentar el ferrocarril del Norte y el ministerio de Hacienda.

En la Alhambra, donde actúan cuatro ó cinco agrupaciones, una de verso, otra de canto, otra de perfil, otra coreográfica de menor edad, se ha estrenado una *Mancha*..... *qué mancha*, parodia de *Mancha que limpia*.

El éxito ha sido tan satisfactorio como justo para su autor, Sr. Candela.

Gracia, excelente diálogo y mucho ingenio revela la obra.

La interpretación fué buena, á pesar de no formar parte de la compañía Loretito Prado.

Ojalá pudiera decirse lo mismo de la ejecución que dieran los cómicos de Eslava al juguete cómico-lírico *El lugar del suceso*, estrenado hace unos cuantos días en aquel teatro.

Es verdad que la misma suerte sufren allí cuantas obras caen en cartera, ó caen en aquella sima.

La Srta. Brú es una excepción de la regla.

Pilar de Aragón es el título de otra chica aragonesa y dramática que se ha estrenado en el teatro de la Libertad (*street*).

El autor es D. Pedro Sañudo Autrán, y el éxito fué bueno en toda la línea de combate.

No extrañen ustedes si advierten cierta incoherencia en mis apuntes.

Con la caída de D. Práxedes, estoy que no me reconozco.

Era para mí un padre..... eterno, ó, mejor dicho, un presidente del Consejo eterno.

¡Come pesa!—que decía aquel titiritero ambulante, levantando una bola de hierro, según el artista; de cauchú, según otros autores.

No he conocido situación más pesada que la de los fusionistas.

Así es que parece que nos falta algo.

O que nos han quitado un peso ó algunos pesos de encima.

¡Después de administrarnos con tanta equidad, sucumbir en lo mejor de su vida!

Consolémonos con la idea de volver á cargar con Sagasta, en su turno, si los dioses nos le conservan.

EDUARDO DE PALAÇIO.

DEL MAL EL MENOS

Juan, el cándido Juan, siempre dispuesto
á pelear por el honor de España,
cogió un fusil antiguo descompuesto
y se echó como un hombre á la montaña.

El infeliz creía
que el estado social era un infierno
y que no se podía
resistir ni dos horas al Gobierno.

Se formó la partida en un instante,
dió el grito *subversivo* en una aldea,
y todos se dijeron : ¡ Adelante !
dispuestos á morir en la pelea.

El choque fué sangriento,
les rodeó la tropa en un momento

y barrió el pelotón con la metralla.
No tuvo resonancia el movimiento
y..... Juan quedó en el campo de batalla

Restablecido el orden en seguida,
á nadie luego le importó un comino
del desdichado que perdió la vida
pidiendo libertad..... para el vecino.

El ángel de la fama se hizo el sordo ;
pero bajó la Bolsa dos enteros,
y algunos caballeros
hicieron con la baja el caldo gordo.

SINESIO DELGADO.

DESAFÍO CON TESTIGOS



COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE R. G. ESPÍNOLA



MI ALBUM

LOS PÁJAROS

Los músicos del aire van en nublados
por vientos otoñales arrebatados;
buscan tras de los mares otras regiones
donde lucir sus plumas y sus canciones.
Las tórtolas amantes vuelan á Grecia;
las pegas á las playas van de Venecia;
la oropéndola gusta meridionales
islas acordonadas entre cristales;
cada pájaro busca luz á sus plumas
tras del telón marino de blancas brumas;
y nuestros valles, bosques y selvas gratas
se quedan sin cantores ni serenatas.

Cual los de una paleta tonos divinos,
lucen los colorines en los espinos.
Van en locas bandadas y en pelotones
por el aire volando los verderones.
El chamari levanta su verde tienda
y del aire invisible corta la senda.
Cada pájaro alegre deja su planta,
cada flor se despide de quien la canta.
En otoño «¡adiós!» dicen aves y flores,
y rompen el idilio de sus amores.

La égloga que tuvieron tras las montañas
las alondras parduzcas entre las cañas;
los diálogos llenos de imprecaciones
que en la calle cambiaron los gorriones;
el susurro de notas alborozadas
de los tiernos pardillos en las cañadas;
la canción que amorosa compone y trina
en la viga parada la golondrina,
todo en silencio queda, todo enmudece
cual rama sin el viento que la estremece,
y los pájaros lanzan su último coro
sobre puestas brillantes de azul y oro.

El aire es un trasiego de aves que pasan;
unas vienen á Europa porque se abrasan,
otras á Africa vuelven buscando el fuego,

y todas en la marcha van sin sosiego.
De la tropa volátil y policroma
corren las bandas libres de loma en loma;
se apiñan, se desgranán, trazan cien vueltas
y juntan sus colores y notas sueltas.
Por los mudos espacios la masa sube
de cantores alados formando nube,
y mientras que se aleja lento el nublado
pica el aguzanieve tras del arado.

Á la espalda las jaulas y los cimbeles
y la red recogida con los cordeles,
marchan hacia los puestos los cazadores,
de la escarcha luchando con los rigores.
Al ver del sol los ravos, el campo humea,
y los hombres se inclinan á la tarea.
Queda la red tendida sobre un regazo
y el cazador oculto tras un ribazo.
Nutridos e cuadrones de aves pausadas
vuelan por las alturas iluminadas;
y cuando del reclamo bajan al cielo,
la red copa los bandos que lleva el cielo.

Ya en la cocina puesta la caza brilla,
en pirámide inmensa, junto á la hornilla;
despójense las aves con sus primores,
sus túnicas brillantes de mil colores.
Dan en tierra el de plumas leve tesoro,
ambarinos, matices, tonos de oro,
abanicos de colas tornasoladas,
collares esmaltados y alas pintadas.
Revueltos los plumajes y los destellos,
el iris esplendente se mira en ellos,
y la mujer que pela junta en la falda
negro, azul, verde, rosa, carmín y gualda.

En la sartén la grasa cruje y chispea,
y en el fogón la lumbre chisporrotea.
Entran en el colmado diversas gentes,
y hay chasquido de copas resplandecientes.
En lascivas penumbras, medio veladas,
se columbran las mesas acordonadas.
Menudean los brindis y libaciones,
y hay parejas unidas en los rincones.
De pájaros nutrido, toasco barreño,
en las manos robustas conduce el dueño;
y porque el contenido luzca y se venda,
lo pone en el muestrario que hay en la tienda.

* *

El otoño, amor mío, llegó corriendo,
y los pájaros fritos lo están diciendo;
son una golosina que me enamora,
y que gusta comerla con quien se adora.
Sé que de mi tormento no oyes las voces,
¡tú, que quieres á tantos que no conoces!
Mas aunque me aborreces, yo te convido
á comer de las aves que hubo en el nido.
Ven, que mientras escucho que no me quieres,
yo te amaré rendido por ser quien eres,
y en el plato que sirvan á mis amores,
para ti iré buscando los ruiseñores.

SALVADOR RUEDA.



EL TEATRO REAL

Ya la legión del arte detrás del amplio foro
—*Hernani, Traviata, Ofelia, El Trovador...*—
sus túnicas se ciñen de púrpura y de oro
para salir cantando sus penas ó su amor.

Lohengrin el caballero de la triunfante espada,
requiere el duro acero por la invencible cruz,
y viene sobre un cisne de pluma inmaculada
tra-gando el haz de' agua como un cendal de luz.

Norma en pasiones arde y á combatir se apresta
los daños que terribles se fraguan en su mal,
y deja oír en medio de la grandiosa orquesta
la exótica y vibrante campana de metal.

La pura *Margarita*, que á la traición se fía,
mira las ricas joyas feliz resplandecer,
y ofusca su alma virgen la ardiente pedrería,
y «¡Enrique, Enrique!» exclama, ya próxima al no ser.

Carmen las castañuelas repica alborozada
y sabe aires de España cantar con dulce son,
y entre el amor y el vino, su vida disipada
comparte con toreros que excitan su pasión,

Rindiendo el alma be' la cual místico tributo,
y despreciando todo lo que su gloria fué;
—«¡*Io credo in Dio!*» canta valiente *Polintto*,
ardiendo en una hoguera de anhelos y de fe.



Ensaya *Rigoletto* la carcajada loca,
del rey, á quien divierte, como vasallo fiel,
y al par que salta y fluye la risa de su boca,
sobre sus labios tiemblan las lágrimas de hiel.

Y la infeliz *Lucia*, con frases de ternura,
ó arrebatada y ciega, perturba su razón,
y lanza de sus labios el vals de la locura
mezclando en un diluvio de notas su pasión.

Enérgico en sus ímpetus, el indomable *Otelo*
abriga ante *Desdémona* la duda pertinaz,
y quiere con sus iras estremecer al cielo,
lanzándose á un tormento más negro que su faz.

Sonámbula inocente suspira sin fortuna
y en alas de la noche derrama su canción,
visión enamorada de un rayo de la luna,
sutil y vaporosa como una aparición.

Selika vela el sueño de Vasco valeroso,
y como madre al niño le entona su cantar,
y mueve el abanico espléndido y sedoso
para que á gusto pase las horas del soñar.

Rossina, la gallarda, la alegre, la graciosa,
habla con *Almaviva* de picaresco amor,
y vence á la guitarra brillante y melódica
de su adorada charla con el gentil primor.

Todos los personajes que concibió el ingenio
é hicieron los poetas surgir de lo idéal,
pasan entre las luces del lírico proscenio
hablando con las notas del músico inmortal.

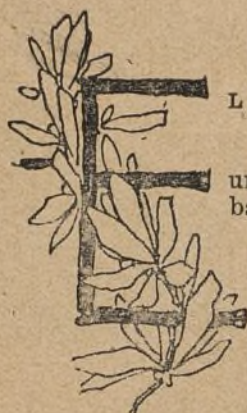
En las doradas noches, á veces se oye inquieta
vibrante voz que exhala su amor grande y sin fin;
es el feliz *Romeo* que canta con *Julietta*
la escena de la alondra, la escala y el jardín!

SALVADOR RUEDA.

LA CAZUELA DE MADERA

Hijo eres,
Padre serás;
Lo que hicieres,
Eso tendrás.

(Popular.)



I.

El tío Juan Cardaño vivía en Retuerto, y era toda una buena persona.

Cuando yo le conocí era ya viejo y estaba retirado del servicio....

No crean ustedes que hablo del servicio militar, porque el tío Juan Cardaño jamás se había puesto el uniforme. Hablo del pastorio trashumante, que había ejercido el tío Juan desde muchacho, sirviendo en la cabaña del Conde de Bornos.

A los diez años entró de motril en el puerto de Parme; á los doce fué ya de zagal en el mismo rebaño á Extremadura, y siguiendo la carrera con aplicación y aprovechamiento, ascendió á los tres años á sobrado, después á persona, más tarde á ayudador, y por uno de esos golpes de suerte, los que no suelen darse muy á menudo, llegó á compañero á los veinticuatro años.

Ser mozo todavía y estar ya á dos dedos de ser rabadán, era estar en las mejores condiciones del mundo para casarse pronto y bien; así es que Juan podía hacerlo el día que quisiera y con quien quisiera, porque todas las mozas de Retuerto se le disputaban los domingos cuando bajaba al baile.

Juan eligió á una y se casó con ella como Dios manda; pero no por eso dejó el pastorio. ¿Qué había de dejar, si era el niño mimado de la cabaña, y fué rabadán al año siguiente!

Los pastores de ganado trashumante tienen poco salario en metálico, pero tienen sus gajes; pueden mantener, mezclado con lo del dueño, algún ganado, sin que les cuesten nada los pastos; pueden tener hasta un determinado número de merinas, cabras y yeguas, y criando, y vendiendo en tiempo oportuno, obtienen ganancias no despreciables.

Juan tuvo mucha suerte con el ganado: todas las primaveras vendía dos ó tres potrancas en la feria de Almodóvar, antes de emprender el viaje de regreso á la montaña; de modo que nunca entraba en su casa en los primeros días de Junio sin llevar dos mil reales en el bolsillo. Esto, sin contar con que en el otoño solía vender también media docena de machos cabrios y otra media docena de merinas gordas, después de matar en casa, como cecina, las que calculaba necesarias para el consumo de su mujer y de sus hijos durante el invierno.

Como siempre tenía dinero de reserva, iba comprando, hoy un huerto, mañana una cuadra, al otro día un prado; todas las fincas que otros vecinos menos desahogados tenían que vender para comprar pan ó para pagar los pedidos.

En fin, que todavía no tenía Juan cuarenta años, y era ya en su pueblo un potentado, como quien dice.

II.

Hay que advertir que para ser un potentado en Retuerto no se necesitaba mucho, porque Retuerto era, y es todavía, un pueblo muy pobre. Situado cerca de lo alto de la cordillera cántabro-astúrica, no lejos del puerto de Pontón, casi no se hace allí sementera. Así es que, al refrán que se dice contra los aficionados á cambiar á menudo de destino, por creer que en otro han de trabajar menos: «¿Dónde irá el buey que no are?», suelen contestar en aquella montaña: «A Retuerto»; porque, efectivamente, en Retuerto apenas se ara.

El elemento principal de vida era allí, antiguamente, el pastorio; y hoy, que esto ha dado muy en baja, porque casi todas las cabañas se han deshecho, viven aquellos pobres montañeses de la recría del ganado y de la explotación de los montes, que antes creían buenamente suyos, y ahora resulta que son del Estado, que trata de venderlos.

Lo cual es una injusticia muy grande. Porque no está ni puede estar conforme con la ley de Dios el que los ricos viñedos de Jerez, verbigracia, sean de los de Jerez, y los hermosos robledales y los frescos hayedos de Valdeburón no sean de los de Valdeburón, sino también de los de Jerez y de los de todas partes.

Pero, en fin, por algo han llamado á la cosa esa desamortización, que viene á ser así como *levantar muertos*.

Y no se diga que las viñas de Jerez son propiedad individual y los montes de Valdeburón propiedad colectiva, porque esta diferencia no alza ni baja el respeto que la propiedad merece; y tan buen derecho tienen los de Valdeburón á sus montes, que han aprovechado siempre comunamente por no prestarse bien á división, como los de Jerez á sus viñas, ó si se quiere que no se hable de las viñas, que suponen ya la industria particular de la plantación, al feraz terreno en que crecen y fructifican, que ha podido dividirse fácilmente.

El caso es que aquellos montañeses explotan los montes, aunque con escasa utilidad y excesivo trabajo.

Cortan hayas y robles, hacen palas y cambas y palitroques para sillas y levías para cubas, y llevan por San Juan un carro de cualquiera de estas clases de maderas á la feria de Valladolid ó á la de Toro, empleando el producto en trigo ó en vino....

Pero volviendo á Juan, les diré á ustedes que tuvo tres hijas y un hijo, que eran la envidia de la vecindad, pues se criaban con relativo lujo, y estaban, según suele decirse, como la nata sobre la leche.

Apenas fueron llegando á la edad las tres hijas del rabadán, se fueron casando con los mozos más jerolistas del contorno: una se fué para Burón, otra para la Vega de Cerneja y otra para Sajambre, trasponiendo el puerto.

El hijo, que se llamaba Vicente, no quiso seguir la carrera del pastorio, como deseaba su padre, y se quedó en casa dedicado á la madera.

Casóse después que sus hermanas, con una moza de Cuénabres, llamada Bernarda, que tenía bastante buen hocico y algunos cuartejos, pues era hija de otro rabadán, pero que salió muy jardesca y muy descariciada.

Poco después enviudó Juan, y dando á sus hijas lo que aproximadamente podía corresponderlas de legítima, siguió viviendo en compañía de su hijo, con el que estaba profundamente encariñado, y al que mejoró en quinto y tercio.

Vicente tuvo hijos también, á los que el abuelo quería con delirio, y nunca volvía de Extremadura que no viniera, como suele decirse, cargado de indulgencias. A éste le traía una navaja, al otro unos zapatos, al otro una gorra, al más pequeño un sonajero, y al año siguiente volvía á traerles otro montón de chucherías.

Mientras el tío Juan siguió siendo pastor, pasándose, de los doce meses del año, seis en Extremadura, dos en el camino, entre ida y vuelta, y de los cuatro que estaba en el país, más de los tres en la majada; mientras vivió por allá sin venir á casa sino de tarde en tarde y siempre á traer dinero, cuartos de carne de merina gorda, buenos quesos, ó cualquier otra clase de cosas, la cosa iba muy bien, y el mal humor de Bernarda ni siquiera tenía ocasiones de ejercitarse.

Pero el pobre tío Juan dió en amalecer, y tuvo que dejar el oficio. Las mojaduras que había cogido desde rapaz andando á la intemperie, y los relentes que había sufrido toda la vida durmiendo á la estrella, le produjeron un reuma terrible; la crudeza de los dolores reumáticos le exasperó el sistema nervioso y se puso temblón; en resumen, que, no pudiendo andar ya tras de las merinas, vióse obligado á quedarse en casa.

Y aquí empezaron los trabajos.

III.

Aun cuando la casa andaba relativamente desahogada, pues sobre el mucho dinero que el tío Juan había ganado mientras fué rabadán, el Conde, con una generosidad digna de imitación, continuaba pagándole el sueldo por vía de jubilación ó retiro; aunque nada les faltaba á Vicente y á su mujer para vivir con cierta comodidad, comer regularmente y traer á sus hijos mejor vestidos y calzados que todos los demás muchachos del pueblo, el mal genio, y si se quiere también la mala educación de Bernarda, que no necesitaban más que un blanco contra donde dar, se fueron desatando contra el pobre tío Juan de un modo alarmante.

Lo primero que observó Bernarda fué que su suegro no hacía nada ni servía para nada, y se lo decía á su marido todos los días más de veinte veces.

Vicente siempre había querido mucho á su padre; mas por aquello del refrán que dice que «quien con lobos anda á aullar se enseña», á fuerza de oír á su mujer un día y otro día que aquel hombre no servía para nada, se fué acostumbrando á la idea de que, en efecto, su padre no era ya en casa más que un ripio.



EDIFICIOS HISTÓRICOS.—EL ALCÁZAR DE TOLEDO

Después determinó Bernarda quejarse á cada paso de que el viejo no salía de la cocina, de que siempre estaba allí como canto de olla, y á lo mejor estaría interiormente dando tachas mientras ella arreglaba los pucheros.

En mala hora se le ocurrió al pobre tío Juan una mañana, al ver que Bernarda iba á vaciar, sin haberla sazonado, una olla de patatas para que almorzaran dos muchachos que iban á ir con la vecera de los corderos; en mala hora se le ocurrió advertirla, tímida y cariñosamente, que le parecía que no había echado sal en aquella olla: Bernarda se puso hecha un basilisco, y lo menos que le dijo al tío Juan, en pago de su solicitud en advertirla, fué que si no estuviera allí, no lo vería; que siempre se había de meter en la renta del excusado; que estaba mejor en lo alto del Pandián, donde le diera el aire; que no servía más que para requemarla á una la sangre.... y otras cincuenta desvergüenzas por el estilo.

Con todas estas cosas el pobre Vicente que, sobre estar enamorado de su mujer, tenía muy poco de lo de Salomón, se iba dejando llevar de la corriente y se iba conjurando también contra su padre, al cual no le quedaba ya más cariño en la casa que el de los nietos.

Estos si le querían, con grave disgusto de Bernarda, que solía decir que parecía que los tenía encantados, y que aquellos hijos no podía menos que fueran tontos, pues querían más á aquel viejo asqueroso y temblón, que les llenaba de babas por besarlos, que á su padre y á ella.

Tiempo andando dispuso Bernarda que su suegro no comiera con ellos á la mesa, sino solo, con el plato sobre las rodillas, en el sitio que ocupaba de ordinario en la cocina, que era el rincón de enfrente de la puerta, para donde solía ir el humo.

Poco después fregaba un día y lavoteaba mucho Bernarda una cazuela de madera muy vieja, de las que hacen y van á vender por allí los de la Fornela á cuenta de centeno, la cual se había usado mucho tiempo para hacer el queso, y después que se había hendido y se la había saltado un pedazo de un borde, había servido también para echar de comer al perro cuando era cachorro.

—¿Para qué lavas tanto esa cazuela?—preguntó á su mujer Vicente.

—Para dar de comer á tu padre—dijo ella impasible.

—¡Mujer!—la replicó Vicente algo escandalizado.—¿No tienes otra cosa donde darle de comer más que esa cazuela vieja y desmochicada, donde han comido los gatos y el perro?

—Otra cosa si tengo, pero si le pongo otra cosa mejor me la rompe y me quedo sin ella. ¿No ves que todo lo deja caer? Anoche me rompió un plato asturiano, y antes me había roto ya una escudilla de Guardo bien hermosa, que medio real me había llevado por ella el tío Caracoles.

Vicente hizo con timidez alguna otra objeción; pero al cabo se dejó vencer, y desde aquel día estuvo con toda tranquilidad viendo á su padre comer en aquella asquerosa cazuela de madera en que se habían cansado de comer el perro y los gatos.

IV.

«La que á nadie non perdona», como dice el antiguo romance, había llegado á Retuerto, en casa del tío Juan Cardaño. El antiguo rabadán había muerto cristianamente, después de haber sufrido con maravillosa y santa resignación media docena de años de continuo padecimiento.

Los parientes y amigos forasteros, que eran los vecinos más regulares y mejor acomodados de los pueblos de alrededor, habían acudido al entierro, que fué solemne, y habían comido después en la casa mortuoria llenando de elogios al difunto. Al marcharse daban el pésame á la familia con frases sinceramente expresivas, porque en realidad querían bien al pobre tío Juan, y suponían que sus hijos tendrían por su pérdida verdadero y profundo sentimiento.

Bernarda aparentaba un dolor que no sentía; por dentro estaba rebotando de júbilo; se la había ido aquel estorbo, dejándola dueña absoluta de todo lo de la casa.

Vicente estaba de veras contristado. Como no se conoce el bien que se tiene hasta que se pierde, comenzaba á echar de menos á su padre y á sentir algo de remordimiento por el poco aprecio que había hecho de él, y el poco cariño que le había tenido en los últimos años.

Al fin se fueron marchando todos los que habían asistido al entierro, y se quedaron solos en la cocina Vicente y su mujer y los dos menores de sus hijos, uno de seis años y otro de ocho.

Este último, inquieto como todos los niños de su edad, cogió la cazuela de madera en que comía su abuelo, y empezó á cortarla con una navaja.

—No cortes esa cazuela, Perico—le dijo Manolín, su hermano menor.—¿No ves que la echas á perder?

—Y ¿para qué la quieres, tonto?—le replicó el mayor.—¿No ves que ya se murió abuelo, y ya no hace falta?

—Si tal, déjala—repuso con una candidez angelical el menor de los niños;—no la destroces, que es para que coma en ella padre cuando sea viejo. Vicente se quedó como petrificado. Todos los desprecios, todas las faltas de respeto, de consideración y de cariño de que había sido objeto su padre, acudieron en un instante á su mente, y se le figuró estar ya sufriendo otro tanto de parte de sus hijos.

El remordimiento por lo pasado y el temor del porvenir, comenzaron á oprimirle de modo que no volvió á levantar cabeza. Un mal bobo, según el decir la gente, ó una hipocondría, según el médico, le hizo bajar á la sepultura medio año después, para escarmiento de los hijos que no honran á sus padres.

SALA CAPITULAR DE LA CATEDRAL DE TOLEDO



CUADRO DE PABLO GONZALVO

LA BORRASCA

La mar está bravía; el sol ya se ha ocultado,
velado por el negro y espeso nubarrón;
la lluvia que descende del cielo encapotado
se mezcla á los furores del rápido aquilón.

Allá retumba el trueno, y tras la densa bruma,
se ve cruzar el aire relámpago fugaz,
y el mar semeja hirviente, cubierto por la espuma,
un monstruo inmensurable con perlas en la faz.

Y en tanto, la pequeña, la frágil barquichuela,
do van las esperanzas del pobre pescador,
juguete de las olas, no corre, sino vuela,
llevando en sus adentros desolación y horror.

Y mientras el marino con indecible anhelo
quiere salvar la presa del borrascoso mar,
se acuerda de su esposa, se acuerda de su hijuelo,
se acuerda de la madre que no cesó de amar.

Y con el barco roto y el cuerpo ensangrentado,
ve que la muerte viene de su barquilla en pos,
y sin embargo, lucha, junto al timón sentado,
llevando en él las manos, ¡y la esperanza en Dios!

Y lucha, y se sostiene con impasible calma,
como desafiando la horrible tempestad,
y ya no tiene sangre, ¡pero es tan grande su alma,
que hasta á la muerte espanta su triste majestad!

Por fin, mira á los cielos en el momento mismo
en que, vibrante el rayo, los cielos deja ver.....
Después, se ven envueltos, rodando en el abismo,
los restos de una nave y un mártir del deber.

Y luego al otro día, cuando la densa bruma
disipa con sus rayos el sol abrasador,
se ve, junto á la orilla, flotando entre la espuma,
el cuerpo, ya cadáver, del pobre pescador.

JOAQUÍN LÓPEZ BARBADILLO.

EN CONSULTA

Haciendo pavesas
mis viejos recuerdos,
olvidé por tus ojos azules,
unos ojos negros.
Si gané en el cambio
ó en el truco pierdo
si es más dulce el amor cuando es rubio
que cuando es moreno,
el tiempo, alma mía,
podrá esclarecerlo;
los enigmas de amor solamente
los descifra el tiempo.
Mas á ese arbitraje
guardando respeto,
una duda mortal, que me agobia,
consultarte quiero.

Que es la traición negra
siempre estoy oyendo,
y la noche es también negra y triste,
y el olvido es negro.
Azul cual tus ojos
es el cielo inmenso....
¿Habrás, esto no obstante, traiciones y olvidos
de color de cielo?

M. PÉREZ DE LA MANGA.

POR DONDE VIENE LA MUERTE

(POEMA CORTO)

Desde que el pobre Torcuato
se quedó sin su mujer,
en un restaurant barato
le dan muy bien de comer.

Ayer tarde junto al río
me lo encuentro de repente,
y me dice:—¡Amigo mío,
me envenenan lentamente!

—¿A dónde vas?—le pregunto;
y él me contesta muy serio:
—Pues voy ya, medio difunto,
camino del cementerio.

MIGUEL JIMÉNEZ AQUINO.

EN EL HOSPITAL

—¿Á dónde vas, muchacho?
—¿Dónde he de ir!
Voy á ver á mi padre que está enfermo
va hacer ya cuatro días.

—¿Llevas algo
de comer?

—Pa comidas está el tiempo;
porque lo que es, dende el nefando día
que tuvo la desgracia de ir al suelo,
e-tando trabajando en el andamio,
andamos muy á mal con el puchero.
—¿Eres tú solo?

—Semos yo y mi madre;
pero aunque yo trabajo como un negro
de aprendiz de ebanista, que es mi oficio,
me dan todos los días rial y medio,
que me parece á mí que no se puede
hacer muchos milagros con el sueldo,
pero vamos tirando.

—Bueno, pasa.
—¿Sabes á dónde está?
—Pues ya lo creo.
Sala de San Remigio, cama doce.
Ya preguntaré á un mozo.

—Adiós, pequeño.
.....
—¿Pero, está usted mejor?

—Hombre, la pierna
aun me duele bastante, pero creo
que van á levantarme ya el apósito.
—No deje usted que le levanten eso.
—Pero, y tu madre, di ¿por qué no viene?
—La pobre bien quería, pero Ugenio
se pone á lo mejor la mar de pelma,
y la ha comprometido pa ir con ellos.
—¿Con cuáles?

—Pues Remigio, el maragato,
otras dos de la calle y el Ugenio,
á comerse unos callos á un ventorro
que está fuera de puertas.

—¡Mal agüero!
—Madre ha hecho bien; pues la verdad sea dicha,
que dende que ha caído usted enfermo,
puede decirse que ni á mí ni á madre
no nos ha faltao ná, gracias á Ugenio,
que se pasa las noches con mi madre
entretenido al tute ú á otro juego,
mientras yo voy por algo de comida
que el Ugenio sufragua, por supuesto;
siempre hago por tardar, porque me chinch
el estar solo allí, porque me duermo,
y casi nunca estoy en las jugadas
que le hace madre á lo mejor á Ugenio;
en fin, que ná nos falta, por ahora,
y pasamos las noches muy al pelo,
y madre me azvirtió que le dijese
que no piense usted en ná, y se ponga bueno,
y que no tenga usted demasiao prisa
pa que le den el alta, y ahí va eso
que madre lo ha compraó pa que usted fume,
y que á mí me ha costao poder meterlo,
porque hay unos gacholis á la puerta
que me güelen á raspas.

—Dile á Ugenio
que ya esperaba yo que él se portase
como debe portarse un caballero;
y que le doy las gracias, por lo que haga
con tu madre y contigo, y que en saliendo
ya le pagaré yo con unas copas
toós los favores que sus haiga hecho;
á tu madre la dices de mi parte
que no esté mustia, porque dice el médico
que estoy algo mejor, lo cual que en breve
ya me tendréis en casa sano y bueno,
y tú mucho cuidao con lo que haces,
y vayas al taller, que sé por Pedro
que eres muy haragán, y en mí no has visto
ni tan siquiera así de mal ejemplo;

porque si alguna vez tomo una copa
es porque soy un hombre, y porque alterno;
conque vete, que ya va siendo tarde
y va á venir la hermana he:ha un veneno
á decirte que pires; con que pira.
—Que se alivie usted, padre.

—Dame un beso,
y expresiones á Pepe y á la Engracia,
y á todos los vecinos, y al portero
le dices, que le diga á D. Raimundo,
el administrador, que estoy enfermo,
y ya te entenderá.

—Bueno, adiós padre.
—Les dices á tu madre y al Ugenio
que se diviertan mucho y gasten poco
y echen á mí salud un par de juegos.

ANTONIO CASERO.



UN SERENO.—DIBUJO DE LATORRE

MARÍA STUARDO



CUADRO DE GABRIEL MAURETA

CANCIÓN DEL ALMA

Como de un nido de rosas,
de sus labios prendió el vuelo
la canción de los amores
cantando y volando á un tiempo;
rozó mi sien con sus alas,
anidó en mi pensamiento,
y enredada en los zarzales
de mis ásperos recuerdos
me alegra el alma dormida
en un crepúsculo eterno.

.....
Mas cuando amante me mira
mi niña de ojos de cielo;
cuando en sus azules ojos
el amor amaneciendo,
hacia mí entornados, vierte
el sol del alma por ellos,
un rayo de luz bendita
inunda mi pensamiento;
mi corazón aletea
convulso dentro del pecho,
como un pájaro en su nido
al nacer el día nuevo.

JUAN MENÉNDEZ PIDAL.

DESVÍO

¿Tanto el orgullo y el olvido pueden?
¿Ó es que ya rotas las amantes cuerdas,
de tu antes blando corazón, te has vuelto
mujer de mármol, serafín de piedra?

Yo siempre atento á nuestra antigua cita,
todas las noches á las mismas rejas
que escucharon tus votos y suspiros,
corro lleno de afán y de impaciencia.

¡Siempre cerradas á mi fe las hallo!
¡Sólo á mi voz, que con tu nombre sueña,
responde el viento al columpiar, lascivo,
las hojas de las verdes madreselvas!

¿Qué pude hacerte para así tratarme?
¿Por qué faltas, impía, á las promesas
de pagar mi ternura con cariño
y mi constancia con mayor firmeza?

¡Ten lástima de mí! Vuelve á la cita
de aquel amor para el que vives muerta;
de aquel amor que iluminó otro tiempo
la noche azul de tus pupilas negras.

¡Tal vez aun tu corazón es mío!
¡Tal vez aun, cuando las sombras llegan
con los fantasmas del amor pasado,
negros recuerdos tus visiones pueblan!

MANUEL ESCALANTE GÓMEZ.

Agita el abanico junto á mi rostro,
de modo que su brisa me llegue adentro,
y avivando el rescoldo de mi cariño,
avente las cenizas de mis recuerdos;
agita el abanico junto á mi rostro,
que la brasa escondida muestre su fuego,
¡que la luz de la dicha brille en el alma,
y disipe las nubes del pensamiento!

RAMÓN TRILLES.

CANCIÓN

(DE VÍCTOR HUGO)

¿Estás durmiendo?..... ¿Por qué
si el alba nace, mi vida?
¿Si está despierta la rosa,
por qué duermes, vida mía?
¡Tcd, llama ya á tu puerta,
mujer hermosa y querida.....
La alegre aurora, los pájaros,
que son la luz, la armonía.
Y mi corazón amante
te llama también de prisa,
diciéndote..... ¡Soy Amor!
¡No duermas más, vida mía!

MIGUEL DE PALACIOS

EL IDEAL DE MI HIJO

De casta le viene al galgo.....

(Proverbio.)

El domingo pasado
por la mañana,
estuve con mis hijos
metido en casa.
Me senté al mayorcito
sobre las piernas,
y pasé de este modo
las horas muertas.

—¡Hijo mío (le dije
con entusiasmo):
¡No puedes figurarte
lo que te amo!
No hay nada en este mundo
que me enamore
como ese pelo rubio,
y esos colores,
y esos ojos azules,
y esa sonrisa,
y la inmensa dulzura
de tus caricias.
Como con tus mimitos
me tienes loco,
dime qué es lo que quieres,
por ello corro,
y aun cuando á mí me cueste
mil sacrificios,
yo haré lo que tú digas,
querido mío.
¿Quieres las florecillas
de la pradera?
¿Quieres las mariposas
que alegres vuelan?
¿Quieres los arbolitos
de ramas llenos,
cuyas hojas se mueve
merced al viento?
¿Quieres los pajarillos
que por los aires
van cantando sus dichas
y sus pesares?
¿Quieres trajes bonitos,
lindos juguetes
y bombones y dulces?
¡Dí, si lo quieres!
Porque eres el encanto
del alma mía,
y he de darte con gusto
cuanto me pidas.

¿Quieres todas las cosas
que hay en mi casa?
¿Quieres mis ilusiones,
mis esperanzas,
el amor que á mis padres
guardo en el pecho,
el amor que á mi esposa
jurado tengo,
los secretos ocultos
de mi conciencia,
mi corazón entero,
mi vida entera?
—No quiero nada eso
(me dijo el niño,
haciéndome en las barbas
un cariñito).
—¿Pues qué es lo que tú quieres?
—¡Ay! ¡No me riñas!
¡Quiero ver á mi chacha
las pantorrillas!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

RIMA

En mi corazón dejaron
su nido las ilusiones,
cuando el glacial desengaño
las lanzó con sus rigores.
Y hoy que, entonando cantares,
á mi corazón han vuelto,
con tristeza se han marchado
al ver su nido deshecho.

F. VILLASPESA Y MARTÍN.

En el mismo cementerio
enterraron á los dos;
¡el mismo viento las flores
de las dos tumbas besó!

Y allá en la medrosa noche
suele escucharse un rumor,
triste como una plegaria
que brota del corazón.

Y es que en la noche callada
sus almas acerca Dios,
y se cuentan sus querellas,
y se renuevan su amor.

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR.





DOBLE ACRÓSTICO
POR FRANCISCO NOVEJARQUE

0 *	0 *
0 *	0 * *
0 *	0 * *
0 *	0 * *
0 *	0 * *
0 *	0 * *
0 *	0 * *

Sustitúyanse los ceros y estrellas por letras, de modo que se lea:

En el primer grupo horizontalmente:
Nota musical.—En la baraja.—Nota musical.—Infinitivo.—Artículo.—Negación.—En la baraja.

Verticalmente se leerá un nombre de mujer.

En el segundo grupo horizontalmente:
Mineral.—Pecado.—Inmensidad.—Letra.—Tiempo verbal.—Nosotros.—Tiempo verbal.

Verticalmente se leerá un nombre de mujer.

Y todo junto horizontalmente se leerá:
En las iglesias.—Tiempo verbal.—Infinitivo.—Nombre de mujer.—Población.—Numeral en plural.—Tiempo verbal.

¡ HASTA LAS MONJAS!

Cuando quiere la Abadesa,
ó la monja que profesa
saber la hora, la ve
en lindos relojes de —
la **Relojería Inglesa.**

17, PRECIADOS, 17.

DR. BALAGUER, PRECIADOS, 25
INSTITUTO DE VACUNACIÓN DE TERNERA

SOLUCIONES

A LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO 90.

A LA ESCALA SILÁBICA ROMBOIDAL:

	SA LA	
	CA SA LA RA	
	RO CA RA MO	
RA RO		MO RA
CA RA		RA TA
RA MA		SA RA
MA LA		RO SA
LA CA TO RO		
CA TO		

AL CONCIERTO DE ESTRELLAS:

RI	▲	AS
MORAT	■	N
BRE	■	ÓN
OLON	▲	
CA	■	DERÓN
CERV	▲	NTE
EGUILA	■	
C	▲	MPRODÓN

A LA CHARADA: Al-bór-bo-la.

Las soluciones de los pasatiempos de este número
se publicarán en el siguiente.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES
LITERARIOS NI ARTÍSTICOS

Est. tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra».

Advertimos á los critiquillos, criticastrós y criticones del género sinvergüenza, que se entretienen en mandarnos tomos y pliegos con porquerías impresas y manuscritas, advertimos á todos esos señores, que nuestro Director no lee jamás, así se los metieran en la sopa, á los autores de ese jaez; tiene un regular olfato para ventear los tontos, y no abre sobre ni libro en los que vengan derrames de bilis literaria. Por lo demás, les daremos una *mala noticia*, y es la de que LA GRAN VÍA produce ya, cada mes, muchos cientos de pesetas.



¡A la orden, mi Coronel! Juguete cómico-lírico en un acto, de los Sres. Díaz de Escobar y Ramón de Urbano, estrenado con gran éxito en el teatro de Cervantes, de Sevilla.

CHARADA, POR F. FRANCO

Mi *primera dos* Consuelo
dice que se marchará,
á *tercia cuarta* en llegando
de mi charada el *total*.

REVOLUCIÓN DE SILABAS

POR EJALVO

NA—CO—EN—CUER—MÁS—EL
BE—A— QUE—SA—EN—LO—SA—DO
EL—CA—SU—LA—JE

Combinando las anteriores sílabas, formar un conocido refrán español.

DERECHOS RESERVADOS.



JEROGLÍFICO, POR A. NOVEJARQUE

EM
IO ROJO IO